

LIBROS

Celaya: Lorca, la Residencia, el estructuralismo

Se acaba de publicar en París —Editorial Seghers, colección "Poetas de hoy"— el estudio más completo de la obra de Gabriel Celaya aparecido hasta el momento. Se debe al crítico Pierre-Olivier Seïrra, un buen conocedor de la personalidad humana del poeta, así como de su vasta obra. La lectura del libro suscita un interés especial hacia el arranque poético de este gran rebelde en la literatura y en la vida; hacia el escenario histórico en que se produjo y los hombres que se movieron en su contorno; Neruda, Lorca, Juan Ramón Jiménez, Miguel Hernández, los del Veintisiete, muchos de ellos amigos de Celaya cuando todavía se llamaba Rafael Múgica y era estudiante de Ingeniería. Gabriel tiene mucho que contar de aquel tiempo y aquellos hombres, tan condicionantes ambos de su propio destino personal; si se quiere entender su vocación hay que situarla en aquel contexto, y así lo hace muy acertadamente Seïrra. Yo he llegado a Gabriel tras la lectura de este ensayo, en demanda de precisiones y matices sobre esa primera época suya.

CELAYA.—Vine a Madrid en mil novecientos veintisiete y me alojé en la Residencia de Estudiantes, que ya sería mi casa durante muchos años. Me instalaron en la habitación número seis del tercer pabellón, donde habían vivido Lorca y Dalí, sustituyendo poco después Luis Buñuel al pintor de Cadaqués. La habitación era famosa por las bromas de Lorca, algunas memorables. Yo era retraído y tímido y me refugié en la lectura y la pintura, en vez de participar en la tumultuosa vida estudiantil de entonces. Un día, en un tranvía de la línea ocho, que utilizaba a diario —iba del Hipódromo a la Bombilla—, me puse a hojear un libro recién comprado y que me había llamado la atención por sus ilustraciones. Por cierto, que todavía lo conservo...

(Gabriel se levanta y toma un breve volumen de la librería. Me lo muestra. Es el "Romancero Gitano", de Federico García Lorca, en la edición de la "Revista de Occidente".)

CELAYA.—No sé por qué, me gustaba este dibujo. De pronto, noté que un viajero me observaba con interés. No tardó en hablarme: «¿Te ha parecido bien el libro?», me preguntó. «Me parece horrible», respondí con entusiasmo. Su explosiva carcajada se oyó en todo el vehículo. «Pues yo soy el autor». Era, efectivamente, Federico, y en aquel momento se iniciaba una amistad que duraría hasta el final de su vida. El me introdujo en seguida en el pequeño mundo literario de la Residencia, y así conocí a Mo-

do muy bien a Jiménez Fraud, director ponderado y sereno de aquellas vidas turbulentas, que invitaba a comer a los alumnos discolos después de reunirlos...

(Celaya vuelve a Federico García Lorca y centra en su evocación el diálogo que sostenemos.)

CELAYA.—Nos veíamos en la Residencia, pero también en las dos tertulias, que animaba con su personalidad desbordante e inquieta. Una de ellas, la de «La Barraca», se reunía en el mismo café que «La Ballena Alegre». Recuerdo haber visto a menudo en esta última a Rubio, el que fue ministro de Educación; a Alfaro. A veces se producían tensiones de extremo a extremo del café, pero nunca llegaban a mayores.

una temporada asistíamos todos los días a la puesta en escena de una obra suya, en el María Guerrero, adonde íbamos desde Chiki una vez comenzada la función. Y Federico se instalaba entre el público, cambiando constantemente de localidad. Quería captar las reacciones de todos. Por Federico conocí un día, en Casablanca, a José Antonio Primo de Rivera. José Antonio era amigo suyo, y Lorca nos presentó.

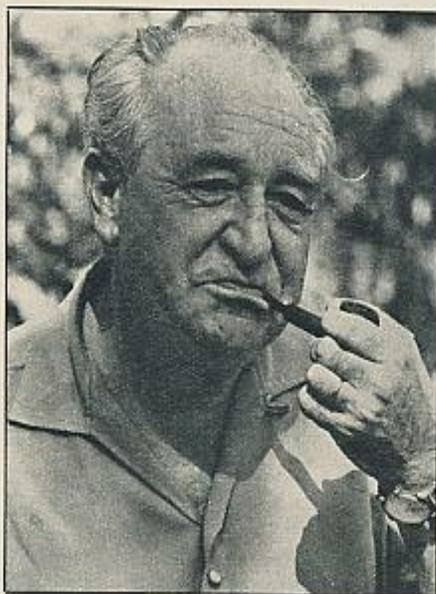
(Por aquel tiempo, Rafael Múgica había decidido ya su vocación. Publica "Marea del silencio", y Lorca le elogia su preocupación por la forma, de la que el granadino ya había hablado con Neruda y Alberti. Luego gana el Premio Becquer, concedido por el Lyceum Club Femenino, con "La soledad cerrada". El cuidado de la forma no lo abandonaría. Lorca le había dicho, hablando de otros: "Este abandono, sin orden ni medida, es peligroso". El tema de la politización de los hombres de aquel tiempo.)

CELAYA.—El proceso de politización arrancó de la época del General Primo de Rivera. La mayoría de los del Veintisiete, y de la Residencia, eran pequeño-burgueses liberales, educados en un medio influido por la Institución Libre de Enseñanza. Ninguno politizó, sin embargo, su producción literaria. Este fenómeno se dio primero en la ultraderecha, por ejemplo

en Giménez Caballero y luego en José María Pemán. Ellos son los verdaderos inventores de la poesía y la literatura politizadas, mal llamadas «sociales».

(El tema nos fuerza a dar un salto de muchos años. Celaya, clasificado como "social" durante largo tiempo, ha girado bruscamente y se sitúa en otra dirección. ¿Qué piensa ahora?)

CELAYA.—Estoy muy preocupado porque he perdido la fe en muchas cosas. Sé que ya he sido y voy a ser muy criticado, pero, ante todo, quiero ser sincero. Cuando uno cree estar expresándose libremente, está expresando el sistema, en el sentido estructuralista de la palabra. Creo que voy, por aquí, hacia una deshumanización, hacia lo que han llamado los franceses «la muerte del hombre», la negación del yo. Sé perfectamente que todas estas expresiones pueden asustar, pero lo mío es una evolución, no una ruptura. He vivido preocupado por todo lo que pasaba a mi alrededor. Desde hace un par de años, leo con profundo interés a los pensadores estructuralistas, especialmente a los franceses y a los componentes de la Escuela de Praga. Y no puedo negar que han influido muchísimo sobre mi quehacer poético. Ahora preparo una cantata que se titulará «Función de I-X-N». ¿Cómo será recibida? No lo sé. ■ E. G. R.



reno Villa, a Juan Ramón Jiménez, a Antonio Machado y, más tarde, a Neruda, íntimo amigo de Lorca, que llegó en el treinta y cuatro a Madrid, después de una jira de charlas al alimón con Federico en América. De la Residencia conservo un recuerdo imborrable. Todavía me parece ver a Antonio Machado dudando antes de responder a una pregunta sobre Juan Ramón: «¡Ah, sí... Juanito!». Juan Ramón Jiménez se acercaba hasta la Residencia día a día al atardecer. Fue muy comentada, por aquel tiempo, una conferencia que había dado Luis Aragon cuando todavía era surrealista: un auténtico canto al anarquismo. Recuer-

Otra de las tertulias, la de la Residencia, tenía su centro en Chiki, un café situado en el mismo local, si mal no recuerdo, en que hoy se encuentra el Teide. Se dividía en dos partes bien diferenciadas: los «atenienses» —formada por los literatos— y los «becocios», con el resto. En uno y otro café, Federico era el gran animador; poseía un encanto personal difícil de describir. Era un gran psicólogo y sabía adaptarse a los gustos de la concurrencia. Le he oído contar un chiste de veinte modos distintos, a tono, cada uno, con la mentalidad de los oyentes. Se interesaba muchísimo por su público. Me acuerdo de que durante

Intelectuales

«¡Intelectuales! Nadie ha sabido nunca lo que se quiere definir con esa palabra» (Luis Calvo. «ABC». 18 de julio de 1970).

Si, todo empezó en el tristemente célebre proceso Dreyfus. Zola y otros —algunos de los otros: Anatole France, los dos Halévy, Marcel Proust, Berard, Leon Blum...— se manifestaron en favor del capitán Dreyfus, acusado de alta traición: Dreyfus era judío y las acusaciones respondían a un fuerte sentimiento antisemita. Los que se expresaban así firmaron un «Manifiesto de los intelectuales». Luis Calvo se pregunta si no eran intelectuales Paul Bourget, Leclaux, Barrés y Maurras, antisemitas que atacaron a Dreyfus. No debían serlo en el sentido que entonces se daba al vocablo, porque ellos mismos lo rechazaron. Escuchemos cómo les respondió Barrés: «Estos genios mal vendidos, estos pobres espíritus envenenados de los que "L'Aurore" hace inventario (en ese periódico se publicaban sus firmas), merecen una especie de piedad indulgente, análoga a la que nos inspiran las ratas de Indos o las que los investigadores de los laboratorios Pasteur contaminan con la rabia. Sin duda estos desgraciados animales deben ser sacrificados, o por lo menos guardados en jaulas sólidas, pero filosóficamente sería injusto maldecirlos. Su triste estado es una condición indispensable del progreso científico. El perro privado de cerebro ha reído».